

— ¡Muy bien, señorito! ¡No tiene el señor to más que mandarme!

— No. Id en seguida a casa del alquilador.

— ¡Voy allá.

— Salí Gillettero.

Desdo hacía tantos años que estaba el «Café elirio» y un
majer al asreio de Gillet se había gano una uirad y un
extraeudo de nada, ni pe mitirre las núbias a n-n-r-n-gra-ta.
Sin embargo, por acontebando que en la se Gillettero a tan
extrañidades que no a n-a, ni pudo rep-bir a n-a, así en
clerta sorpresa. Se preguntaba muy in rignito qué significara
aquel viajo con acompañamiento de piquetas, cnaedias y pa na-
cas, y se dirigió hacia el pueblo.

Una hora despues estaba de vuelta y a nubia a la bibli tea
por segunda vez.

— ¡Eh bien, qué! preguntó Gib rt.

— Ya está at eglado... el el obr de banos de Navalat está a la
disposicion del señorito... Iré a buscarlo esta noche a las nueve
y lo preparé todo.

Abandonemos nom unitesamente a Gilbert, y regresemos
a París, donde debom a es n-ar a nuestros sectores nuevos
personajes, que n-istias que tomar n papel muy importante en
nuestra novela.

Sab mos que antes de ir a Rinal de Chailins del hotel de la
calle de Grammont, se va a ir al Hotel de los campos a
repartir las esaguas de teñicion a las personas, cuya el-
ta formara en compaña de su tia y Felipe. En esta lista se veían
los nombres de la señora y la señorita de Fannes.

